

de París y alzabase la fachada, cuajada de adornos, con aspecto de templo y de café-concierto; una fachada cuyo lujo prodigado hacía pararse á las gentes en la calle. En el interior aquello era suntuoso; los millones de las cajas chorreaban á lo largo de los muros. Una escalera de honor llevaba á la sala del consejo, de rojo y oro, de un esplendor de teatro de ópera. Por todas partes tapices, colgaduras, despachos instalados con una riqueza de mueblaje sorprendente. En los sótanos, donde estaba el servicio de los títulos, había cajas de caudales selladas, inmensas, abriendo profundas bocas de horno, detrás de las lunas sin azogue de los tabiques, que permitían al público verlas alineadas como los toneles de los cuentos donde duermen los tesoros incalculables de las hadas. Los pueblos con sus reyes, en marcha hacia la Exposición, podían venir y desfilas por allí: todo estaba preparado, esperábalos el nuevo hotel para cegarlos y cogernos uno á uno en aquella irresistible trampa de oro que chispeaba al sol.

VIII

La Exposición universal de 1867 fué inaugurada el 1.º de Abril, en medio de fiestas, con triunfal esplendor. Comenzaba la gran temporada del imperio, aquella temporada de gala suprema que iba á hacer de París el albergue del mundo, un albergue empavesado, lleno de músicas y de cantos, en el que se comía y se fornicaba en todos los cuartos. Jamás reinado en su apogeo había convocado á las naciones á una franquichela tan colosal. Desde los cuatro puntos de la tierra poníase en marcha hacia las Tullerías, relumbrantes como en una apoteosis de comedia de magia, el largo desfile de emperadores, reyes y príncipes.

Por aquella misma época, quince días después, fué cuando inauguró Saccard el monumental hotel que había deseado para alojar en él regimiento el Universal. Habían bastado seis meses, trabajando día y noche sin perder una hora, para hacer ese milagro que sólo es posi-

bel en París; y alzabase la fachada, cuajada de adornos, con aspecto de templo y de café-concierto; una fachada cuyo lujo prodigado hacía pararse á las gentes en la calle. En el interior aquello era suntuoso; los millones de las cajas chorreaban á lo largo de los muros. Una escalera de honor llevaba á la sala del consejo, de rojo y oro, de un esplendor de teatro de ópera. Por todas partes tapices, colgaduras, despachos instalados con una riqueza de mueblaje sorprendente. En los sótanos, donde estaba el servicio de los títulos, había cajas de caudales selladas, inmensas, abriendo profundas bocas de horno, detrás de las lunas sin azogue de los tabiques, que permitían al público verlas alineadas como los toneles de los cuentos donde duermen los tesoros incalculables de las hadas. Los pueblos con sus reyes, en marcha hacia la Exposición, podían venir y desfilas por allí: todo estaba preparado, esperábalos el nuevo hotel para cegarlos y cogernos uno á uno en aquella irresistible trampa de oro que chispeaba al sol.

Saccard tronaba en el despacho más suntuosamente instalado, con mueblaje Luis XIV, de madera dorada y vestido de terciopelo de Génova. El personal había sido aumentado, pasando de cuatrocientos los empleados y jefes; y este ejército lo mandaba Saccard con una ostentación de tirano adorado y obedecido, porque se mostraba muy pródigo de gratificaciones. En realidad, á pesar de su simple título de director, reinaba

por encima del presidente del consejo de administración mismo, que ratificaba sencillamente sus órdenes. Por eso Carolina vivía ahora continuamente alerta, muy ocupada en conocer todas sus decisiones, para tratar de impedir las si fuera preciso. Desaprobaba aquella nueva instalación excesivamente magnífica, sin poder sin embargo censurarla en principio, habiendo reconocido la necesidad de un local más vasto, en los hermosos días de tierna confianza, cuando bromeaba con su hermano que se inquietaba. Su temor confesado, su argumento para combatir todo aquel lujo, era que la casa perdía con ello su carácter de probidad decente, de alta gravedad religiosa. ¿Qué pensarían los clientes, acostumbrados á la discreción monacal, á la media luz recogida del piso bajo de la calle de San Lázaro, cuando entrarán en aquel palacio de la calle de Londres, de grandes departamentos henchidos de ruido, inundados de luz? Saccard respondía que quedarían asombrados, llenos de admiración y respeto, y que los que llevaran cinco francos sacarían diez de su bolsillo, arrastrados por el amor propio, embriagados de confianza. Y él fué quien, en su brutal ansia de oropel, tuvo razón. El éxito del hotel era prodigioso, excedía en escándalo eficaz á los reclamos más extraordinarios de Jantrou. Los pequeños rentistas devotos de los barrios tranquilos, los pobres curas de aldea desembarcados por la mañana del tren, se quedaban con la boca abierta ante la puerta, y sa-

ñan locos de placer por tener allí dentro sus fondos.

Á la verdad, lo que sobre todo contrariaba á Carolina era no poder estar siempre en la casa misma, ejerciendo su vigilancia de un modo natural. Apenas podía ir de tarde en tarde á la calle de Londres, con un pretexto. Ahora vivía sola en la sala de los planos, y no veía á Saccard más que por la noche, y poco. Éste había conservado allí su habitación, pero el piso bajo seguía cerrado, así como las oficinas del primer piso; y la princesa de Orviedo, contenta en el fondo por no tener el sordo remordimiento de aquel banco, de aquella tienda de dinero instalada en su casa, ni siquiera trataba de alquilarlo, con su intencionada despreocupación de toda ganancia, aun siendo legítima. La casa vacía, resonando á cada carruaje que pasaba, parecía una tumba. Ya no oía Carolina subir á través de los techos más que el silencio, que estremecía, de las rejillas cerradas, de donde, sin descanso y durante dos años, le había llegado un ligero tintineo de oro. Los días le parecían más pesados y más largos. Trabajaba mucho, sin embargo, siempre ocupada por su hermano que, desde Oriente, le enviaba tarea de escritura. Pero á veces se detenía en su trabajo, escuchaba por costumbre, acometida de una inquietud instintiva, sintiendo necesidad de saber lo que pasaba abajo; y nada, ni un soplo, el aniquilamiento de las salas desamuebladas, vacías, oscuras, cerradas con dos

vueltas de llave. Entonces le entraba frío, y se olvidaba de todo, llena de ansiedad. ¿Qué sucedía en la calle de Londres? ¡Acaso en aquel mismo instante se abría la grieta que ocasionaría el derrumbamiento del edificio!

Esparcióse el rumor, vago y ligero todavía, de que Saccard preparaba un nuevo aumento de capital. De cien millones, quería subirlo á ciento cincuenta. Era aquella una hora de singular excitación, la hora fatal en que todas las prosperidades del reinado, los inmensos trabajos que habían transformado la villa, la rabiosa circulación del dinero, los furiosos dispendios del lujo y de los apetitos, debían parar en una fiebre altísima de la especulación. Todos querían su parte, arriesgaban su fortuna sobre el tapete verde, para decuplicarla y gozar, como tantos otros, enriquecidos en una noche. Las banderas de la Exposición que crujían al viento, las iluminaciones y las músicas del Campo de Marte, las muchedumbres del mundo entero que inundaban las calles, acababan de embriagar á París en un sueño de inagotable riqueza y de soberana dominación. En las noches serenas, de la enorme ciudad en fiesta, sentada á la mesa de los restaurants exóticos, trocada en feria colosal donde el placer se vendía francamente al aire libre, subía el acceso supremo de demencia, la locura alegre y voraz de las grandes capitales amenazadas de destrucción. Y Saccard, con su olfato de tomador de bolsillos, había notado de

tal modo en todos este acceso, esta necesidad de esparcir al viento su dinero, de vaciar sus bolsillos y su cuerpo, que acababa de doblar los fondos destinados á la publicidad, excitando á Jantrou á los ruidos más ensordecedores. Desde la apertura de la Exposición, todos los días, la prensa echaba á vuelo las campanas en favor del Universal. Cada mañana traía su golpe de bombo para llamar la atención del mundo: una noticia extraordinaria, la historia de una señora que había olvidado cien acciones en un fiacre; un extracto de un viaje por el Asia Menor, en el que se explicaba que Napoleón había profetizado la casa de la calle de Londres; un gran artículo de fondo donde se hacía el juicio de la importancia política de esta casa en la próxima solución de la cuestión de Oriente; sin contar las continuas notas de los periódicos especiales, todos disciplinados, marchando en columna cerrada. Jantrou había imaginado hacer, con los pequeños periódicos financieros, contratos que le asegurasen una columna en cada número; y empleaba esta columna con una fecundidad, una variedad de imaginación asombrosas, llegando hasta á atacar, por el placer de vencer en seguida. El famoso folleto con que soñaba, acababa de ser repartido por todo el mundo, en una tirada de un millón de ejemplares. Había sido creada su nueva agencia, aquella agencia que, con el pretexto de enviar un boletín financiero á los periódicos de provincia, se hacía dueña absoluta

del mercado en todas las poblaciones importantes. En fin, *La Esperanza*, dirigida hábilmente, tomaba de día en día mayor importancia política. Habían llamado mucho la atención una serie de artículos sobre el decreto de 19 de Enero que concedía el derecho de interpelación, nueva concesión del emperador, en marcha hacia la libertad. Saccard, que los inspiraba, no hacía atacar todavía abiertamente á su hermano, que seguía siendo ministro de Estado á pesar de todo, resignado, en su pasión por el poder, á defender hoy lo que ayer combatía; pero se advertía en ellos que estaba al acecho, vigilando la situación falsa de Rougon cogido en la Cámara entre el tercer partido, hambriento de su herencia, y los clericales, ligados con los bonapartistas autoritarios contra el imperio liberal; y las insinuaciones comenzaban ya, el periódico se iba haciendo católico militante, mostrábase lleno de acritud para todos los actos del ministerio. *La Esperanza* pasada á la oposición era tanto como la popularidad, un viento de fronda acabando de lanzar el nombre del Universal á los cuatro puntos de la Francia y del mundo.

Entonces, bajo aquel impulso formidable de publicidad, en aquel medio irritado, maduro para todas las locuras, el aumento probable del capital, aquel rumor de una nueva emisión de cincuenta millones, acabó de enloquecer á los más prudentes. Desde las casas humildes hasta los hoteles aristocráticos, desde las porterías

hasta los salones de las duquesas, inflamábanse los cerebros, el apasionamiento se convertía en fe ciega, heroica y batalladora. Enumerábase las grandes cosas realizadas ya por el Universal, los primeros éxitos fulminantes, los dividendos inesperados, tales como ninguna otra sociedad los había distribuido en sus comienzos. Recordábase la feliz idea de la Compañía de Vapores reunidos, tan pronta en magníficos resultados, aquella Compañía cuyas acciones hacían ya cien francos de prima; y la mina de plata del Carmelo, de un producto milagroso, á la que un orador sagrado había aludido en pleno púlpito de Nuestra Señora, al hablar de un regalo de Dios á la cristiandad que no desconfiaba; y las varias sociedades creadas para la explotación de inmensos yacimientos de hulla, y la que iba á hacer la corta metódica de las vastas selvas del Líbano, y la fundación del Banco nacional turco, en Constantinopla, de tan gran solidez. Ni un fracaso, una fortuna creciente que cambiaba en oro todo lo que la casa tocaba, un amplio conjunto de creaciones prósperas, dando una base inmovible á las operaciones futuras, justificaban el rápido aumento del capital. Además, el porvenir que se abría ante las imaginaciones caldeadas, aquel porvenir tan preñado de empresas más considerables todavía, hacía necesaria la demanda de los cincuenta millones, cuyo anuncio bastaba á trastornar los cerebros. En este punto, los rumores de Bolsa y de salones no te-

nían límites; pero el gran negocio inmediato de la Compañía de los ferrocarriles de Oriente se destacaba en medio de los demás proyectos, ocupaba todas las conversaciones, negado por los unos, exaltado por los otros. Las mujeres, sobre todo, se apasionaban, haciendo en favor de la idea una propaganda entusiasta. En la intimidad del *boudoir*, en las comidas de gala, detrás de las jardineras en flor, á la hora del té, hasta en el fondo de las alcobas, había encantadoras criaturas, de una zalamería persuasiva, que catequizaban á los hombres: «¿Cómo, no tenéis acciones del Universal? ¡Pero si no hay otra cosa! ¡Si queréis que os ame, comprad pronto!» Aquella era, como ellas decían, la nueva Cruzada, la conquista del Asia, que no habían podido hacer los cruzados de Godofredo de Bullón y de San Luis, y de la que se encargaban ellas, con sus bolsitas de oro. Todas estaban muy bien informadas, hablaban en términos técnicos de la línea madre que se iba á abrir, por el pronto, de Brusa á Beirut, por Angora y Alepo. Después vendría el enlace de Esmirna á Angora; más tarde el de Trebisonda á Angora, por Erzeroum y Sivas; y luego el de Damasco á Beirut. Y al llegar aquí sonreían, guiñaban los ojos, se decían al oído que acaso se haría otro ¡oh, mucho más adelante! de Beirut á Jerusalem, por las antiguas ciudades del litoral, Saida, San Juan de Acre, Jafa, y después ¡Dios mío! ¡quién sabe! de Jerusalem á Port-Said y á Alejandría. Sin contar que Bag-

dad no estaba lejos de Damasco, y que si llegaba hasta allí, esto sería tanto un día como la Persia, la India y la China conquistadas por el Occidente. Parecía que, á una palabra de sus lindas bocas, resplandecían los tesoros de los antiguos califas, en un cuento maravilloso de *Las Mil y una Noches*. Las alhajas, las pedrerías del sueño, llovían en las cajas de la calle de Londres, mientras que humeaba el incienso del Carmelo, un fondo delicado y vago de leyendas bíblicas que divinizaba los grandes apetitos de lucro. ¿No era aquello el Eden reconquistado, la Tierra Santa libertada, la religión triunfante en la cuna misma de la humanidad? Y ellas se detenían, rehusaban decir más, brillando sus miradas con lo que había que ocultar. Esto no se confiaba ni aun al oído. Muchas de entre ellas lo ignoraban y afectaban saberlo. Aquello era el misterio, lo que acaso no llegaría nunca, y que tal vez estallaría un día como un rayo: Jerusalem comprada al Sultán, dada al Papa, con la Siria por reino; el pontificado disponiendo de un presupuesto proporcionado por un Banco católico, el Tesoro del Santo Sepulcro, que lo pondría al abrigo de las perturbaciones políticas; el catolicismo, rejuvenecido así, libre de compromisos, encontrando una nueva autoridad, dominando el mundo desde lo alto de la montaña donde espiró Cristo.

Ahora, por las mañanas, Saccard, en su lujoso despacho Luis XIV, veíase obligado á cerrar su

puerta cuando quería trabajar; porque aquello era un asalto, el desfile de una corte llegando como al levantarse de un rey, cortesanos, gentes de negocios, corredores, una adoración y una mendicidad desenfrenadas alrededor de la omnipotencia. Una mañana de los primeros días de Julio, sobre todo, se mostró implacable, dando la orden formal de no introducir á nadie. Mientras que la antecámara estaba atestada de gente, de una multitud que se empeñaba, á pesar del ujier, en esperar de todos modos, habíase él encerrado con dos jefes de sección para acabar de estudiar la emisión nueva. Después del examen de muchos proyectos, acababa de decidirse en favor de una combinación que, gracias á esta emisión nueva de cien mil acciones, debía permitir liberar completamente las doseientas mil acciones antiguas, á cuenta de las cuales sólo habían sido entregados 125 francos; y á fin de llegar á este resultado, la acción, reservada sólo á los accionistas, á razón de un título nuevo por dos títulos antiguos, sería emitida á 850 francos, exigibles inmediatamente, de ellos 500 para el capital y una prima de 350 para la liberación proyectada. Pero se presentaban complicaciones; había todavía un agujero que tapar, y esto ponía á Saccard muy nervioso. Irritábale el ruido de las voces en la antecámara. Aquel París humillado hasta el suelo, aquellos homenajes que recibía habitualmente con una sencillez de déspota familiar, llenábanle de desprecio en dicha mañana.

Y habiéndose permitido Dejoie, que algunas veces le servía de ujier por la mañana, dar la vuelta y aparecer por la puertecilla del corredor, lo acogió furiosamente.

—¿Qué? Os he dicho que no recibo á nadie, á nadie ¿entendéis?... ¡Mirad! ¡Tomad mi bastón, plantadlo en la puerta y que lo besen!

Dejoie, impasible, se permitió insistir.

—Dispensad, señor; es la condesa de Beauvilliers. Me lo ha suplicado, y como yo sé que el señor quiere complacerla....

—¡Eh! —exclamó Saccard arrebatado— ¡que se vaya al diablo con los demás!

Pero de pronto cambió de parecer, con un gesto de cólera contenida.

—¡Hacedla entrar, ya que está visto que no me han de dejar en paz!.... Pero por esta puertecilla, para que el tropel no entre con ella.

El recibimiento que Saccard hizo á la condesa de Beauvilliers fué de una brusquedad de hombre muy nervioso todavía. Ni siquiera lo calmó la presencia de Alicia, que acompañaba á su madre con su aire mudo y profundo. Había hecho salir á los dos jefes de sección, y no pensaba más que en volver á llamarlos para continuar su trabajo.

—Os ruego, señora, que habléis deprisa, porque estoy horriblemente ocupado.

La condesa se detuvo, sorprendida, siempre lenta, con su tristeza de reina destronada.

—Pero, caballero, si os molesto....

Saccard les señaló dos asientos; y la joven, más animosa, se sentó la primera con un movimiento resuelto, mientras que la madre continuaba:

—Caballero, vengo á pedir un consejo..... Estoy en la duda más dolorosa; siento que no me decidiré nunca por mí sola.....

Y le recordó que, á la fundación de su Banco, ella había tomado cien acciones, que, dobladas cuando el primer aumento de capital, hacían hoy un total de cuatrocientas, á cuenta de las cuales había entregado, comprendidas las primas, una suma de ochenta y siete mil francos. Sin contar sus veinte mil francos de economías, había tenido, pues, para pagar aquella suma, que tomar á préstamo setenta mil francos sobre su granja de las Aublets.

—Pero ahora—continuó—encuentro un comprador para las Aublets..... Y como se trata ¿es cierto? de hacer una nueva emisión, acaso podría colocar toda nuestra fortuna en vuestra casa.

Saccard se apaciguaba, halagado al ver aquellas dos pobres mujeres, las últimas de una grande y antigua raza, tan llenas de confianza, tan ansiosas ante él. Rápidamente, con números, les dió algunos informes.

—Perfectamente; me ocupo en una nueva emisión..... La acción será de ochocientos cincuenta francos, con la prima..... Veamos: hemos dicho que tenéis cuatrocientas acciones. En este caso se os adjudicarán doscientas, lo que os

obligará al pago de ciento sesenta mil francos. Pero todos vuestros títulos quedarán liberados, y tendréis seiscientas acciones completamente vuestras, sin deber nada á nadie.

Como no comprendían, tuvo que explicarles aquella liberación de los títulos con ayuda de la prima; y ellas palidecían ante aquellas grandes cifras, angustiadas á la idea del golpe de audacia que había que arriesgar.

—Tocante al dinero—murmuró al fin la madre—no habría nada que hablar..... Me ofrecen doscientos cuarenta mil francos por las Aublets, que en otros tiempos valían cuatrocientos mil; de suerte que, después de devolver la suma tomada ya á préstamo, nos quedaría lo preciso para hacer el pago..... Pero, ¡Dios mío! ¡qué terrible cosa! ¡esta fortuna cambiada! ¡toda nuestra existencia jugada así!

Y sus manos temblaban, y hubo un momento de silencio, durante el cual pensaba en aquel engranaje que le había cogido primero sus economías, después los setenta mil francos prestados, y que ahora amenazaba cogerle la granja entera. Su antiguo respeto por la fortuna patrimonial, en labores, en prados, en bosques, su repugnancia por el tráfico sobre el dinero, esa baja ocupación de judíos, indigna de su raza, volvían y la angustiaban en aquel momento decisivo en que todo iba á ser consumido. Muda, su hija la miraba con sus ojos ardientes y puros.

Saccard dibujó una sonrisa amigable.

—¡Caramba! Ciertamente que es necesario que tengáis confianza en nosotros.... Pero los números están aquí. Examinadlos, y toda vacilación me parece imposible.... Admitamos que hacéis la operación: poseéis seiscientas acciones, que, liberadas, os han costado la suma de doscientos cincuenta y siete mil francos. Pero como están hoy al precio medio de mil trescientos francos, os hacen un total de setecientos ochenta mil. Es decir, que habéis más que triplicado vuestro dinero.... Y esto continuará; ¡ya veréis el alza después de la emisión! Os prometo el millón para antes de fin del año.

—¡Oh, mamá!—dejó escapar Alicia en un suspiro, como á pesar suyo.

¡Un millón! ¡El hotel de la calle de San Lázaro libre de sus hipotecas, desembarazado de su capa de miseria! ¡El tren de casa puesto en un pie conveniente, dejando de ser la pesadilla de gentes que tienen carruaje y que carecen de pan! ¡La hija casada con una dote decente, pudiendo al fin tener un marido é hijos, esa alegría que se permite la última pobre de las calles! ¡El hijo, á quien el clima de Roma mataba, aliviado allá, puesto en estado de mantener su rango, mientras llegaba la hora de servir la gran causa, que lo utilizaba tan poco! ¡La madre, restablecida en su alta posición, pagando á su cochero, no lavando más para añadir un plato á sus comidas del martes, y no condenándose más al ayuno durante el resto de la semana! Aquel mi-

llón flameaba; era la salvación, el sueño dorado.

La condesa, conquistada, se volvió hacia su hija para asociarla á su voluntad.

—Vamos, ¿qué piensas de esto?

Pero Alicia no decía nada; cerraba lentamente los párpados, velando el brillo de sus ojos.

—Es verdad—añadió la madre, sonriendo á su vez;—olvido que quieres dejarme dueña absoluta.... Pero sé lo animosa que eres y todo lo que tú esperas....

Y dirigiendose á Saccard:

—¡Ah, caballero, se habla de vos con tantos elogios!.... No podemos ir á ninguna parte sin que se nos cuente cosas muy hermosas, muy conmovedoras. Y no es sola la princesa de Orviédo, son todas mis amigas las que están entusiasmadas con vuestra obra. Muchas me envidian el ser de vuestros primeros accionistas, y, á escucharlas, habría que vender hasta los colchones para tomar de vuestros títulos.

Y bromeaba dulcemente.

—Yo las encuentro algo locas ¡sí! algo locas, en verdad. Esto es sin duda porque ya no soy joven.... Pero mi hija es una de vuestras admiradoras. Cree en vuestra misión y hace propaganda en todos los salones á donde la llevo.

Encantado, Saccard miró á Alicia; y estaba ésta en aquel momento tan animada, tan vibrante de fe, que le pareció verdaderamente linda, á pesar de su tez amarillenta y de su cuello muy delgado, marchito ya. Por su parte, encontrába-

se grande y bueno, ante la idea de haber hecho la dicha de aquella criatura, á quien la esperanza de un marido bastaba á embellecer.

—¡Oh!—dijo Alicia con una voz muy baja y como lejana—es tan hermosa esa conquista de allá... Sí, una era nueva, la cruz radiante....

Esto era el misterio, lo que nadie decía; y su voz bajaba aún, se perdía en un soplo de éxtasis. El, por lo demás, le hacía callar con un gesto amistoso; porque no toleraba que se hablase en su presencia de la gran cosa, el objeto supremo y oculto. Su gesto significaba que había que tender siempre hacia aquello, pero jamás ponérselo en los labios. En el santuario, los incensarios se balanceaban en las manos de algunos iniciados.

Después de un silencio enternecido, levantóse al fin la condesa.

—Pues bien, caballero, estoy convencida; voy á escribir al notario para que acepte la oferta que se presenta sobre las Aublets... ¡Que Dios me perdone si hago mal!

Saccard, en pie, declaró con conmovida gravedad:

—Estad segura, señora, de que Dios mismo es quien os inspira.

Y cuando las acompañaba hasta el corredor, evitando la antecámara, donde seguía el amon-tonamiento, encontró á Dejoie, que andaba dando vueltas, con aire preocupado.

—¿Qué hay? ¿Supongo que no es otro?

—No, no, señor.... Si yo me atreviera á pedir un consejo al señor.... Para mí....

Y maniobraba de tal modo, que Saccard se encontró otra vez en su despacho, mientras que él quedaba en el dintel haciendo reverencias.

—¿Para vos?.... ¡Ah! es verdad, vos también sois accionista.... Pues bien, tomad los nuevos títulos que se os reservaran, y vended aunque sea la camisa para tomarlos. Este es el consejo que doy á todos nuestros amigos.

—¡Oh! señor, el bocado es demasiado grande, mi hija y yo no tenemos tanta ambición.... Al principio tomé ocho acciones con los cuatro mil francos de economías que nos dejó mi pobre mujer, y sigo sin tener más que aquellas ocho, porque, en las otras emisiones, cuando se ha doblado dos veces el capital, no teníamos dinero para aceptar los títulos que nos correspondían... No, no, no se trata de esto, no hay que ser glotón. Yo quería preguntar simplemente al señor, sin ofenderlo, si el señor es de parecer que yo venda.

—¿Cómo? ¿Que vendáis?

Entonces Dejoie, con toda clase de rodeos inquietos y respetuosos, expuso su caso. Al precio de mil doscientos francos, sus ocho acciones representaban nueve mil seiscientos francos. Podía, pues, desahogadamente, dar á Natalia los seis mil francos de dote que exigía el cartonero. Pero ante el alza continua de los títulos, le había entrado un apetito de dinero, la idea, vaga al prin-

cipio, después tiránica, de hacerse su parte, de tener una rentita suya de seiscientos francos que le permitiría retirarse. Sólo que un capital de doce mil francos añadido á los seis mil de su hija, hacía el enorme total de dieciocho mil francos; y desesperaba de llegar nunca á esta cifra, porque había calculado que para ello habría que esperar el precio de dos mil trescientos francos.

—Ya comprenderéis, señor, que si la cotización no debe subir hasta aquí, prefiero vender, porque ante todo está la dicha de Natalia, ¿verdad?... Mientras que si sigue subiendo, se me destrozará el corazón por haber vendido...

Saccard estalló.

—¡Ah, amigo mío, sois un estúpido!... ¿Acaso creéis que vamos á detenernos en los mil doscientos francos? ¿Vendo yo?... Respondo de que tendréis vuestros dieciocho mil. Y salid, y echad fuera á toda esa gente que está ahí, diciéndoles que me he marchado.

Cuando se encontró solo, Saccard pudo llamar á los dos jefes de sección y terminar en paz su trabajo.

Quedó decidido que se celebraría en Agosto una junta general extraordinaria, para votar el nuevo aumento de capital. Hamelin, que debía presidirla, desembarcó en Marsella á últimos de Julio. Desde hacía dos meses, su hermana le aconsejaba en todas sus cartas que volviese con la mayor urgencia. En medio del éxito brutal que se acentuaba más cada día, tenía ella la sen-

sación de un peligro sordo, un temor no razonado, del que ni siquiera se atrevía á hablar, y prefería que su hermano estuviera allí, para que se diera cuenta de las cosas él mismo, porque llegando hasta á dudar de sí, temía encontrarse sin fuerzas contra Saccard, cegarse y hacer entonces traición á su hermano á quien amaba tanto. ¿No había debido confesar á éste sus relaciones, que seguramente no sospechaba, en su inocencia de hombre de fe y de ciencia, que atraviesa la vida soñando? Esta idea le era muy penosa, y se dejaba arrastrar á capitulaciones cobardes, discutiendo con el deber, que, muy claro le ordenaba, ahora que conocía al hombre y su pasado, decirlo todo para que se desconfiase. En sus horas de valor, hacía la promesa de tener una explicación decisiva, de no abandonar sin intervención el manejo de tan espantosas sumas de dinero en manos criminales, entre las que ya se hablan deshecho tantos millones, viniéndose abajo y aplastando á la gente. ¿No era este el único partido que debía tomar, viril y honrado, digno de ella? Después se turbaba su lucidez, se hallaba débil, contemporalizaba, no encontrando, en suma, como motivos de queja, más que esas irregularidades, comunes, según él afirmaba, á todas las casas de crédito. Acaso tenía él razón al decirle riendo, que el monstruo que la asustaba era el éxito, ese éxito que en París resuena como el trueno y hiere como el rayo, y que la dejaba temblorosa, bajo lo imprevisto y con la angustia de

una catástrofe. No sabía otra cosa, y hasta había horas en que lo admiraba más, llena de la infinita ternura que le conservaba, aun habiendo dejado de estimarlo. Jamás habría creído que su corazón fuera tan complicado: sentíase mujer, y temía no poder obrar. Por esto se mostró tan contenta del regreso de su hermano.

La misma noche de la vuelta de Hamelin, quiso Saccard enterarlo, en la sala de los planos, donde estaba seguro de que no los molestarían, de las resoluciones que debería aprobar el consejo de administración antes de que las votase la junta general. Pero el hermano y la hermana adelantaron la hora de la cita, por un acuerdo tácito, y se encontraron solos un instante y pudieron hablar. Hamelin venía muy contento, encantado por haber conducido bien el complejo asunto de los caminos de hierro, en aquel país de Oriente tan adormecido por la pereza, tan obstruído por obstáculos políticos, administrativos y financieros. Al fin el éxito era completo, iban á comenzar los primeros trabajos, se abrirían talleres en todas partes, tan pronto como la sociedad hubiera acabado de constituirse en París. Y se mostraba tan entusiasmado, con tanta confianza en el porvenir, que esto fué para Carolina una nueva causa de silencio: tanto le costaba amargarle aquella hermosa alegría. Sin embargo, expresó ciertas dudas, y lo puso en guardia contra el apasionamiento que arrastraba al público. El la detuvo, mirándola á la cara. ¿Qué es

lo que tenía? ¿Sabía de algo reprochable? ¿Por qué no hablaba? Y Carolina no habló, no en contraba nada preciso que decir.

Saccard, que no había visto todavía á Hamelin, le saltó al cuello y lo abrazó con su vehemencia meridional. Después, cuando éste le hubo confirmado sus últimas cartas, dándole detalles sobre la absoluta eficacia de su largo viaje, se exaltó.

—¡Ah! querido, esta vez vamos á ser los amos de París, los reyes del mercado.... También yo he trabajado mucho; tengo una idea extraordinaria. Vais á ver.

E inmediatamente le explicó su combinación para subir el capital de ciento á ciento cincuenta millones, emitiendo cien mil acciones nuevas, y para liberar del mismo golpe todos los títulos, los antiguos y los nuevos. Lanzaba la acción á ochocientos cincuenta francos; se hacía de este modo, con los trescientos cincuenta francos de prima, una reserva que, aumentada con sumas apartadas ya á cada balance, alcanzaba la cifra de veinticinco millones; y no le faltaba ya más que encontrar una suma parecida para obtener los cincuenta millones necesarios para la liberación de las doscientas mil acciones antiguas. Para esto es para lo que había tenido su idea extraordinaria, la de presentar un balance aproximado de las ganancias del año corriente, ganancias que á su juicio subirían á un minimum de treinta y seis millones. De aquí sacaba tranqui-